

## Virgilio, ¿un clásico?

Nicolás Cruz  
Pontificia Universidad Católica de Chile  
(Borrador para uso del Seminario 2006)

En el año 1857, Charles Augustin Sainte Beuve, escribía respecto de Virgilio ( *Étude sur Virgile, Suivie D'Une Etude sur Quintus de Smyrne*, Michel Lévy Frères, Editeurs, Paris, 1857) , lo siguiente:

Aquello que yo decía sobre Horacio hace algún tiempo, no es menos cierto respecto de Virgilio; es un poeta que en Francia no ha dejado de ser leído y ha contado con el afecto de todos. Pero, ¿por qué digo Francia? Virgilio a partir del momento en que fue publicado, ha sido el poeta de toda la latinidad. El dió una nueva forma al gusto, a las pasiones, a la sensibilidad; el fue, en una hora decisiva del mundo, quien penetró el futuro. (p.29)

Sainte Beuve continuaba su argumento para señalar que Virgilio había gozado de esta condición en todas las épocas, si bien era en la suya cuando comenzaba a ser recuperado de manera más plena y de acorde con aquello que realmente había escrito. La extensión de la cultura y el refinamiento de las costumbres posibilitaban el acceso a un Virgilio más completo. Resulta interesante su reconocimiento de que había sido un autor de todos los tiempos, esto es, según sus palabras, un clásico.

Ochenta y tantos años después, T.S. Eliot, una figura intelectual de gran capacidad y reconocimiento, leyó su lección ¿Qué es un Clásico?, con la que debutaba como presidente de la Sociedad Virgiliana. Virgilio era una vez más el autor en el cual se centraba la discusión. El poeta y crítico, norteamericano de nacimiento e inglés por voluntad, volvía esgrimir con plena convicción la idea de que Virgilio era un clásico, y en este caso, “el” clásico por excelencia.

El presente artículo busca presentar una reflexión sobre lo que en algunos momentos se ha denominado “clásico”, término que hoy día ha sido puesto bajo discusión, referido también en esta ocasión al caso de Virgilio escritor y de su poema *La Eneida*.

Sainte Beuve y Eliot tenían puntos en común pero también diferencias. Lo común no solo se refería a una evaluación similar de Virgilio, sino que también al hecho de considerar su obra como un clásico, considerando con esto que su valor radicaba de manera exclusiva en

ella misma y que el esfuerzo de cada generación consistía en leerla tal cual el autor la había escrito, o al menos lo más igualmente posible. De esta actividad podía esperarse el beneficio de contar con una guía segura de aquellos valores superiores que había creado la cultura en determinados momentos históricos, en este caso, en un momento determinado de la antigüedad romana. Eliot señalaba a este respecto:

Para nosotros el valor de Virgilio, en términos literarios, está en que nos provee de un criterio. Podemos, como he dicho, tener razones para alegrarnos de que dicho criterio provenga de un poeta que escribió en un idioma distinto del nuestro: pero no es razón para rechazarlo. Preservar el modelo clásico y medir por él todas las obras literarias es comprender que, aunque el conjunto de nuestra literatura pueda contenerlo todo, tal vez cada obra en particular tenga algún defecto.<sup>1</sup>

Y concluía su idea sentenciando: “Resumiendo, sin la aplicación constante de la medida clásica, que debemos a Virgilio más que a cualquier otro poeta, tendemos a volvernos provincianos”. Y este término “provincianos” es uno sobre el cual volveremos en breve.

¿Por qué Virgilio? La pregunta es pertinente si pensamos en la relación íntima que este autor estableció con Homero, lo cual nos podría llevar a preguntarnos por qué no el poeta griego directamente, y por el mismo camino ¿por qué Roma y no Grecia?. Sainte-Beuve se refiere a una Grecia distante y pequeña, mientras que:

...resulta que Roma es Roma y que todos los pueblos que provienen de ella han dado a su horizonte una mirada desde el presente, y tienen un resto de sangre latina en sus venas. Virgilio ha sido el poeta del Capitolio. No ha cesado, ni siquiera en las épocas más devastadas y duras, de aparecer como una poderosa y mágica personificación de un cierto encanto no del todo perdido; él no ha dejado nunca de ser el encantador Virgilio.<sup>2</sup>

---

<sup>1</sup> T.S. Eliot “¿Qué es un clásico?”, en *Sobre Poesía y Poetas*, Icaria Editorial, Barcelona, 1992 (Edición Inglesa, 1957), p. 72. Siempre en la misma línea de argumentación, escribía más adelante: “Nuestras diversas literaturas pueden jactarse de muchas riquezas para comparar con las cuales el latín no tiene nada: pero la grandeza de cada literatura existe, no aislada, sino en relación con un modelo más amplio, un modelo establecido en Roma.”(pág. 73)

<sup>2</sup> C.A. Sainte-Beuve, p. 30.

Eliot coincide en este punto : “En Homero, el conflicto entre los griegos y los troyanos es de alcance apenas mayor que el de una disputa entre una ciudad-estado griega y una coalición de otras ciudades-estado; la historia de Eneas se apoya en una distinción más radical, una distinción que establece la *vinculación* de dos grandes culturas y, finalmente, su reconciliación bajo un destino abarcador” (pág. 64)

Eliot, por su parte, argumenta que “El flujo sanguíneo de la literatura europea es la suma del latín y el griego -no como dos sistemas circulatorios, sino como uno-, porque es a través de Roma que debemos buscar nuestro parentesco con Grecia.”<sup>3</sup>

Quisiera dejar hasta aquí las similitudes para dar cabida a las diferencias bastante visibles: Sainte-Beuve es un francés del siglo XIX y Eliot un “inglés” que escribe en la década del 40 del siglo XX, más precisamente en 1944. Y estas fechas tienen mucho que decir sobre el problema que estamos tratando.

El primero de ellos publicó sus artículos sobre Virgilio en una Francia que se consideraba en un estado expectante y volcada hacia el futuro. Si bien su apoyo a Napoleón III (1852-1870) le costó caro frente a sus alumnos del Colegio de Francia, el programa del monarca concordaba con ideas que había profesado desde su juventud en cuanto a la “modernización” de Francia y los proyectos técnicos que alentaba el gobierno. En esa Francia que brindaba un claro apoyo a sus inventores y escritores, quizás Sainte-Beuve podía sentirse cómodo, como lo había estado Virgilio en relación al gobierno de Augusto. Cada época tiene sus preocupaciones y temores, y esto no es algo que se deba sub-valorar, pero para este escritor francés había también esperanzas y una visión sobre el futuro.

Eliot pronunció su discurso durante la Segunda Guerra Mundial, y si bien no menciona esta situación ni una sola vez, su pensamiento parece relacionado con esta, de manera particular por la situación de Europa y el probable cambio o modificación del papel que había jugado hasta el momento, tal como cualquier artista y analista podía percibirlo. Ante la desintegración de Europa, Eliot insistía en la unidad del período romano y la relación profunda que se había establecido a través de la historia entre ambos, consolidado además por la época de una fe e iglesia común en Europa, lo que denomina la catolicidad europea. Había una larga historia y una extensa construcción común y era hacia ella que se debía volver: allí estaba Europa, la que sabemos estaba dejando de existir cuando el poeta “inglés” pronunciaba sus palabras. Era en esta comunidad donde radicaba la posibilidad de lo común visto como antagónico de lo “provincial”, entendido esto como historias locales que no se sumaban unas a otras en un ámbito superior.

Había otra diferencia y no menor entre ambos escritores. Para el francés, Virgilio era el poeta de la “latinidad toda”, pero el alcance del término se extendía a lo que podríamos llamar de una manera reductiva “pueblos latinos”, y entre ellos no figuraba Inglaterra donde se hablaba una lengua que no provenía del latín y donde la romanidad había llegado de manera parcial. Para Eliot, muy por el contrario, Inglaterra tenía perfecto derecho, por su historia integrada a Europa desde los tiempos romanos y de manera especial por los inmediatamente posteriores sin interrupción hasta sus días, pero además por haber desarrollado un sentido de pertenencia a través del tiempo. Esto la había convertido en parte y en una parte relevante de esa construcción cultural llamada Europa que arrancaba desde Roma.

---

<sup>3</sup> Eliot, pág. 73

Volvamos a lo que resulta común en ambos autores. “Roma fue Roma”, dijo Sainte-Beuve y Eliot estuvo de acuerdo. Ambos coincidieron en que Virgilio fue el mejor escritor de esa Roma.<sup>4</sup> Se desprende de sus textos que *La Eneida* de Virgilio había sido una lectura de todas las generaciones a través de los tiempos, y esto ya le daba créditos para llamarla un clásico “más grande que *La Ilíada*” como había anunciado Propertio y que había superado la barrera de los cien años de actualidad que había sentenciado Horacio, destacando aquí que en cada una de ellas ella fue leída en lo que de manera reciente hemos dado en llamar “desde su presente”, pese a toda la dificultad de entender el alcance de esta última expresión.

De manera muy especial ambos autores, en esto representativos de las opiniones de su tiempo, *La Eneida* de Virgilio era un clásico que estaba ahí y tenía un contenido que mostrar a los tiempos posteriores; contenido que debía y podía ser descubierto –en cuanto destapar, hacer visible algo- mediante un esfuerzo de lectura que llevaba a leer el poema de manera “objetiva”, es decir, en cuanto objeto inmutable. Esta última convicción es la que ha sido puesta en duda en las últimas décadas.

\*

Hans Georg Gadamer en su libro *Verdad y Método* (edición alemana de 1960) destacó algunos aspectos del término “clásico” que han estado presentes en la discusión hasta nuestros días. Insistió - con esto quiero señalar que no fue el primero en hacerlo- en la profunda relación que existe entre un clásico, su época y la nuestra, no ya sólo en un nivel básico y evidente, sino que en la conformación misma del término:

Pues para la conciencia histórica ya no se trata como Palladio o para Corneille, de tomar inmediatamente el modelo clásico, sino de saberlo como un fenómeno histórico que sólo se comprende desde su propio momento. Pero en esta comprensión siempre habrá algo más que la reconstrucción histórica del “mundo” pasado al que perteneció la obra. Nuestra comprensión contendrá siempre al mismo tiempo la conciencia de la propia pertenencia a ese mundo. Y con esto corresponde también la pertenencia de la obra a nuestro propio mundo.<sup>5</sup>

“A nuestro propio mundo”; una relación que se seguirá profundizando entre quienes se han ocupado luego del tema, tal como puede verse en *Por qué leer a los Clásicos* Italo Calvino. En este trabajo de un escritor tan destacado y dedicado, nuestro propio mundo

---

<sup>4</sup> Eliot en página 65 es enfático “Creo que Virgilio, más que en cualquier otro poeta latino –pues comparados con él Catulo y Propertio parecen rufianes, y Horacio un poco plebeyo- somos conscientes de un refinamiento de las costumbres que brota de una sensibilidad delicada...”

<sup>5</sup> Hans Georg Gadamer, *Verdad y Método*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 1977, (1960), p. 359.

aparece referido a los lectores de los llamados clásicos, adquiere una primacía dentro de la ecuación: “Para poder leer a los clásicos hay que establecer *desde donde se los lee*”

Para los efectos de esta discusión, el libro *¿Por qué leer a los clásicos?* de Italo Calvino estableció puntos muy importantes. En una descripción general se puede indicar que contiene un extenso artículo inicial dedicado al tema de lo clásico y los clásicos, para luego pasar a lo que el autor llamó “mi lista” de los autores que consideraba en esta categoría a partir de su experiencia personal. Las opiniones vertidas estaban avaladas por la fructífera labor literaria de Calvino y por los largos años dedicados al estudio de la literatura.

Algunos de los puntos contenidos en el artículo de Calvino resultan interesantes: “Creo que no necesito justificarme si empleo el término “clásico” sin hacer distinciones de antigüedad, de estilo, de autoridad. Lo que para mí distingue al clásico es tal vez solo un efecto de resonancia que vale tanto para una obra antigua como para una moderna pero ya ubicada en una continuidad cultural” (p. 17) Por lo tanto resulta aquí importante el hecho de que el término no aparece limitado a las obras antiguas - muchas de las cuales ciertamente no son clásicas-, y se agrega que se distinguen por que son leídas por las distintas generaciones llegando a impactar en cada una de ellas, aunque no siempre por los mismos motivos. La combinación de ambos aspectos hace posible hablar de la continuidad cultural, tanto por la vigencia de su temática, como por la generación de nuevas obras que están en conversación directa con la primera, como podemos apreciar en el caso de *La Odisea* de Homero, entre varias otras. Calvino pertenece a un tiempo que empieza a sentir dificultad con el uso del término “calidad” y por lo tanto evita señalar que los clásicos son textos que destacan por su calidad y que esto lo que aprecian sus lectores posteriores, uso frente al cual Jorge Luis Borges no sentía ningún reparo y utilizó para indicar que, en última instancia, hay libros buenos y otros malos.

Otro aspecto que Italo Calvino destacó fue “para poder leer los clásicos hay que establecer desde donde se los lee”, y en esto incluyó tanto las condiciones intelectuales como las materiales de cada época. ¿Puede alguien hoy día dedicarse de manera exclusiva a la lectura de los clásicos y por lo tanto prescindir del mundo? Parece preguntarse en un plano simple pero muy real, para luego profundizar indicando que nosotros llegamos a leer “libros que nos llegan trayendo impresa la huella de las lecturas que han precedido a la nuestra, y tras de sí la huella que han dejado en la cultura o en las culturas que han atravesado...” Este problema lo resumió Marguerite Yourcenar con el concepto de “el tiempo, gran escultor”, refiriéndose al hecho de que una obra termina de escribirse con el tiempo y el aporte de todos los lectores que interviene en ella: ¿será posible leer *El Tambor de Hojalata* de Gunter Grass de la misma manera que lo hacíamos antes de saber que su autor había militado de manera voluntaria a las tropas alemanas de elite? Es probable que no, aunque por cierto la mayor parte de los casos no son tan dramáticos como este. Se trata más bien de que cada lectura epocal va dejando una huella en la obra tal cual llega a nosotros, pero no sólo se trata de eso, puesto que también nosotros hacemos nuestras lecturas desde nuestro propio momento, y todo lo que hemos conversado respecto de Virgilio tiende a confirmarlo.

J. M. Coetzee, quien recibiera el Premio Nobel de Literatura en el año 2003, autor de muchas novelas entre las que corresponde destacar *Esperando a los Bárbaros*, una gran obra, dictó un año antes de recibir el mencionado galardón, una conferencia dedicada al tema de los clásicos. En esa ocasión insistió en que el elemento básico en la constitución de lo clásico es un ejercicio de voluntad que se hace desde el presente respecto de una obra, esto es, pasa por una acción personal que debe diferenciarse de una estrictamente individual. Con esto se colocaba en las antípodas de T.S. Eliot. Para estos efectos, Coetzee ilustra su temprana experiencia con la audición de Bach, su puerta para la cultura europea y la literatura que ha desarrollado. Dos veces a lo largo de su conferencia señala que:

...lo que sucedió en aquel momento fue que al elegir simbólicamente la alta cultura europea y el dominio de los códigos de esa cultura elegía también el camino que me permitiera salir del lugar que ocupaba en mi clase social dentro de la sociedad sudafricana blanca y, en última instancia, de lo que yo debía sentir entonces, en términos vagos y desconcertantes, como un callejón histórico sin salida, como una trayectoria que culminaría (de nuevo simbólicamente) con una posición en Europa desde la que hablar a un auditorio cosmopolita sobre Bach, T.S. Eliot y la cuestión de los clásicos.

El planteamiento de Coetzee tiene algunas referencias específicas: lo europeo aparece contrapuesto a un momento en que Sudáfrica, al igual que una gran parte del mundo a mediados de la década de 1950, estaba “norteamericándose”, mientras que la salida del lugar que se le había asignado como a cualquier joven sudafricano blanco puede entenderse como un acto de rebelión ante el destino implícito que pesa sobre cualquier joven en toda sociedad, aunque la sudafricana de aquellos momentos tuviese una carga mayor que en otros casos. No parece posible, por otro lado, pensar que ello implicase una suerte de vuelta de espaldas a Sudáfrica, puesto que buena parte de su obra literaria se ha referido de manera directa a esa sociedad. Pero queda claro en este caso que hay, antes que nada, un encuentro impactante con un clásico (Bach), que significa una experiencia decisiva aunque inicialmente no se pueda dar clara cuenta de sus contenidos, los cuales aparecen como elaboración posterior y producto de una insistencia. Todo lo anterior no se da solo en un plano estético, sino que se relaciona con los niveles decisivos de la vida personal. Tan personal que un mismo clásico como Bach puede ser recreado por tendencias muy distintas en diferentes momentos.

Volvamos a Virgilio, quien siempre ha estado rondando ya que Coetzee polemiza con el Eliot de la lección virgiliana. Son pocos los que en el último tiempo han enfrentado el tema de Virgilio clásico, no obstante el sin fin de publicaciones que el autor romano sigue generando. Uno de ellos ha sido Charles Martindale en el *Companion to Virgil* que tuvo a su cargo en el año 1997. Ahí escribió la introducción bajo el título de “The Classic of all Europe”, tomando también él una de las expresiones de Eliot. La idea central que expone consiste en que una serie de factores han determinado que Virgilio haya llegado a tener tal

categoría de clásico máximo, proceso que comenzó ya con los mismos escritores de su tiempo (Propertio, Horacio, etc., quienes lo señalaron como el escritor más importante de su propio tiempo). Por una parte este reconocimiento y cultivo entre los escritores no parece haber decaído nunca, y más bien ha tenido muchas reafirmaciones a lo largo del tiempo. Pero también, pueden rastrearse las innumerables ocasiones en que Virgilio, y sus textos, *La Eneida* especialmente, han sido recreados y utilizados para situaciones culturales no literarias, como lo fueron en el caso de la recuperación carolingia o en varios de los discursos imperialistas europeos de los siglos XVIII y XIX. Así, las recepciones también aparecen aquí como centrales en la conformación de un clásico.